miso de su superior, y puede entregarse á una inspiración funesta... Os podeis ver gravemente comprometido en un negocio de este género; porque al fin, aunque seais, como dicen, un buen hidalgo, aunque hayais abjurado los errores pasados, aunque tal vez vuestra alma haya odiado siempre la iniquidad, habeis tenido, de hecho, participación en muchas exacciones que las leyes humanas reprueban y castigan.

¿Quién sabe á qué revelaciones involuntarias puede verse arrastrado el hermano Nepomuceno, si provoca la instrucción de un proceso criminal? ¿Podrá provocarla contra sí mismo, sin provocarla al mismo tiempo contra vos?.... Credme, yo quiero la paz... yo soy un hombre bueno...

—Sí, un hombre muy bueno, contesté con ironía, lo veo perfectamente. Pero no os apureis demasiado, porque hay un argumento muy claro que debe tranquilizarnos á uno y otro. Si una verdadera vocación religiosa impele á M. Juan el trapense á una reparación pública será fácil hacerle entender que debe arredrarse ante el temor de arrastrar á otro consigo al abismo, porque el espíritu de Cristo se lo prohibe. Pero si lo que presumo es cierto, si M. Juan de Mauprat no tiene el menor deseo de ponerse en manos de la justicia, sus amenazas son poco á propósito para espantarme, y sabré impedir que hagan más ruido del que conviene.

—¿Es esa la respuesta que he de llevarle? dijo el prior lanzándome una mirada que revelaba el resentimiento.

—Sí, señor, contesté, á menos que prefiera recibir esta respuesta de mi propia boca presentándose aquí. He venido resuelto á vencer la repugnancia que su presencia me inspira, y me admira que después de haber manifestado un deseo tan vivo de hablarme, se oculte cuando yo llego.

—Caballero, replicó el prior con ridícula magestad mi deber es hacer que reine en este santo retiro la paz del Señor, y por lo mismo me opondré á toda entrevista que pueda producir explicaciones violentas...

—Veo, Padre prior, que sois muy propenso á asustaros, contesté; nada hay en este asunto que pueda excitar la cólera; pero como no soy yo quien ha provocado estas explicaciones y he venido aquí solamente por pura complacencia, renuncio de buen grado á llevarlas más adelante, agradeciéndoos sinceramente que hayais querido servir de intercesor.

Saludé al fraile profundamente y me retiré.

VII

Referí esta conferencia al abate que me esperaba en la cabaña de Paciencia, y fué absolutamente de mi mismo parecer; pensó como yo que el prior, le-

jos de disuadir al trapense de sus supuestos designios, le estimulaba con todo su poder á intimidarme para obtener de mí grandes sacrificios pecuniarios. Consideraba cosa muy fácil que este viejo, fiel al espíritu monacal, quisiera poner en las manos de un Mauprat fraile, el fruto de los trabajos y de las economías de un Mauprat seglar.

—Este es el carácter indeleble de la mayor parte de los clérigos, me dijo, no saben vivir sin hacer la guerra á las familias y sin espiar todos los medios de despojarla. No parece sino que estos bienes son propiedad suya, y que le son permitidos todos los medios para adquirirlos. No es tan fácil como pensais defenderse contra sus ataques. Los frailes tienen el apetito perseverante y el espíritu ingenioso. Sed prudente y manteneos á la espectativa. Jamás podreis decidir á un trapense á batirse; atrincherado bajo su capucha, recibirá encorvado y con los brazos en cruz los más irritantes ultrajes, y sabiendo que no habeis de asesinarle, no os temerá. Ignorais además lo que es la justicia en la mano de los hombres, y de qué manera se conduce y falla un proceso criminal, cuando una de las partes no retrocede ante ningún medio de seducción y de espanto. El clero es poderoso; la ropa talar es declamatoria; las palabras *probidad* é *integridad* resuenan hace ya muchos años contra las endurecidas paredes de los pretorios sin impedir que haya jueces prevaricadores y sentencias iní-

cuas. ¡Desconfiad, desconfiad! El trapense puede lanzar la jauría de bonete cuadrado detras de sus huellas, y hacer que pierda la pista desapareciendo oportunamente y dejándola detrás de las vuestras. Habeis herido muchos amores propios frustrando numerosas pretensiones de aspirantes á herencias. Uno de los más ultrajados y peores es próximo pariente de un magistrado influyente en la provincia. La Marche ha abandonado la toga por la espada; pero ha podido dejar entre sus antiguos colegas personas capaces de haceros daño. Siento que no hayais podido verle en América y reconciliaros con él. No os encojais de hombros; matareis diez de ellos y las cosas irán de mal en peor. Se vengarán de vos quizás, no con vuestra vida, porque saben que la despreciais sino con vuestro honor, y vuestro tío morirá de pesar... En fin...

—Teneis la costumbre de ver todas las cosas con negros colores al primer golpe de vista, cuando por casualidad no veis al sol en su zenit, mi querido abate, le dije interrumpiéndole. Dejadme decir todo lo que pueda ahuyentar estos sombríos presentimientos. Conozco muy bien á Juan Mauprat, es un insigne impostor, y además el último de los cobardes. Mi aspecto solo le aterrará, y desde la primera palabra le haré confesar, que no es trapense, ni fraile, ni de voto. Todo esto no es más que un ardid de caballero de industria, y yo le he oido en otro tiempo formar pro-

yectos que me impiden admirarme hoy de su impudencia, así es que la temo muy poco.

—Y haceis mal, replicó el abate. Debemos temer siempre á un cobarde, porque nos hiere por detrás en el momento en que le esperamos de frente. Si Juan de Mauprat no fuera trapense, si mintieran los papeles que me ha enseñado, el prior de los carmelitas es demasiado sagaz para haberse dejado coger en el lazo. Jamás abrazará este hombre la causa de un seglar, ni lo tomará por uno de los suyos. Por lo demás, es menester atenerse á los informes, y voy á escribir inmediatamente al superior de la Trapa, si bien estoy seguro de que esos informes no harán más que confirmar lo que ya sé. También es posible que Juan de Mauprat sea sinceramente devoto. Nada sienta mejor á semejante caracter que ciertos matices del espí ritu católico. La inquisición es el alma de la iglesia, y la inquisición debe agradar á Juan de Mauprat. Creo que se entregaria de buen grado á la cuchilla secular solo por el placer de perderos con él, y creo que la ambición de fundar un monasterio á vuestras expensas es una inspiración repentina, cuyo honor pertenece exclusivamente al prior de los carmelitas.

Esto no es probable, mi querido abate, le dije. Además ¿de qué nos servirán estos comentarios? Obremos. Vigilemos al caballero para que el ánimal inmundo no venga á envenenar la tranquilidad de sus

últimos días. Escribamos á la Trapa, ofrezcamos una pensión al miserable y veamos venir todo espiando sus menores pasos. Mi sargento Marcasse es un buen sabueso. Pongámosle sobre la pista, y si puede conseguir referirnos en lengua vulgar todo lo que vea y oiga, pronto sabremos lo que pasa en todo el país.

Platicando de esta suerte, llegamos al castillo á la caida de la tarde. No sé qué temor tierno y pueril como el que sienten las madres cuando por un instante se separan de un hijo recién nacido, se apoderó de mí al entrar en aquella morada silenciosa. La seguridad eterna, que nada había turbado hasta entonces en aquel sagrado y venerable recinto, la caducidad negligente de los criados, las puertas siempre abiertas á tal punto que los mendigos entraban algunas veces hasta el salón sin encontrar á nadie, ó sin causar sospecha; toda aquella atmósfera de calma, de confianza y de soledad contrastaba con los pensamientos de lucha y los cuidados de que por espacio de algunas horas habían llenado mi espíritu la aparición de Juan y las amenazas del carmelita. Redoblé el paso y sobrecogido de un temblor involuntario atravesé la sala del billar. En este instante me pareció ver pasar bajo las ventanas del piso bajo una sombra negra que se deslizaba entre los jazmines y que desapareció en el crepúsculo. Empujé vivamente la puerta del salón y me paré. Todo estaba silencioos é inmóvil. Iba á retirarme y buscar á Edmunda,

cuando creí ver moverse una cosa blanca cerca de la chimenea, donde acostumbraba estar siempre el caballero.—Edmunda, estais ahí? exclamé; pero nadie me contestó. Mi frente se cubrió de un sudor frio y temblaron mis rodillas. Avergonzado de tanta debilidad, me lancé hacia la chimenea repitiendo con angustia el nombre de Edmunda.

—¿Sois vos, Bernando? me respondió con voz trémula.

La cogí en mis brazos; estaba arrodillada al lado del sillón de su padre; y oprimía contra sus labios las manos yertas del anciano.

—¡Gran Dios! exclamé, distinguiendo á la débil claridad que reinaba en la estancia la faz lívida del caballero; ¿ha cesado de vivir nuestro padre?...

—Tal vez, me dijo con voz apagada, tal vez querrá Dios que solo esté desmayado! ¡Luz! ¡en nombre del cielo! ¡llamad! No hace más que un instante que se halla en este estado.

Llamé presuroso, acudió el abate y tuvimos la felicidad de volver nuestro tío á la vida. Pero cuando abrió los ojos, su espíritu parecía luchar con las impresiones de un penoso sueño.—¿Se ha marchado, se ha marchado ya esa miserable fantasma? ¡Hola! ¡San Juan, mis pistolas! ¡Mis criados! Que arrojen á ese pícaro por la ventana.

Sospeché al punto la verdad.—¿Qué ha sucedido? pregunté á Edmunda en voz baja, ¿qué ha pasado aquí durante mi ausencia?

—Si os lo digo, contestó Edmunda, apenas lo creereis, y nos acusareis de locos á mi padre y á mí; pero luego os contaré todo esto; ocupémonos ahora de mi padre.

Con sus dulces palabras y tiernos cuidados logró tranquilizar al anciano. Lo trasladamos á su alcoba y se quedó dormido. Cuando Edmunda retiró ligeramente su mano de entre las suyas y dejó caer la cortina, se aproximó al abate y á mí y nos contó que media hora antes de nuestra vuelta había entrado un fraile mendicante en el salón donde ella estaba bordando, según su costumbre, al lado de su padre medio dormido. Poco sorprendida de un incidente que sucedía muchas veces, se levantó para cojer su bolsa que estaba sobre la chimenea, dirigiendo al fraile palabras benévolas y consoladoras. Pero en el momento de volverse para alargarle la limosna, el caballero despertó sobresaltado y exclamó mirando al fraile de pies á cabeza con aire á la vez colérico y asombrado:—Qué diablos venís á hacer aquí bajo ese disfraz?

Edmunda había entonces mirado el semblante del fraile y reconoció lo que jamás podríais imaginaros, dijo, al horrible Juan de Mauprat. No le había visto más que una hora en mi vida pero su repugnante figura jamás se ha apartado de mi memoria, y en todos mis accesos de fiebre se ha presentado delante de mis ojos. Yo no pude contener un grito.—No tengais

miedo nos dijo con espantosa sonrisa; no vengo como enemigo, sino como suplicante. Y se hincó de rodillas tan cerca de mi padre y no sabiendo lo que pretendía hacer, me arrojé entre ellos, y empujé violentamente el sillón de ruedas que retrocedió hasta la pared. Entonces el fraile, hablando con voz lúgubre, que hacía más espantosa la aproximación de la noche, se puso á declamarnos no sé qué fórmula, la de la confesión, pidiendo perdón por sus crímenes, y diciendo que estaba ya cubierto con el velo negro de los parricidas cuando suben al cadalso.

—Este desgraciado se ha vuelto loco, dijo mi padre tirando del cordón de la campanilla; pero San Juan está sordo y no vino. Preciso nos fué oir con una angustia inexplicable, los extraños discursos de aquel hombre que dijo ser trapense y que venía á entregarse á la espada secular en expiación de sus crímenes; pero que antes quería pedir á mi padre su perdón y su última bendición. Al decir esto se arrastraba de rodillas y hablaba con vehemencia. Había cierta mezcla de insulto y amenaza en el sonido de aquella voz que profería palabras de una humildad estravagante.

Como continuase aproximándose á mi padre y la idea de las inmundas caricias que parecía querer dirigirle, me causase suma repugnancia, le mandé con tono bastante imperioso que se levantara y que hablase como era debido; mi padre, furioso, le mandó

que callara y se retirase, y como en aquel instante exclamase

«¡No! me dejaréis abrazar vuestras rodillas!» le rechacé para impedirle que tocase á mi padre. Me estremecí de horror al pensar que mi guante había tocado su inmunda capilla. Volvióse hacia mí, y aunque continuaba afectando arrepentimiento y humildad, ví brillar la cólera en sus ojos. Mi padre hizo un violento esfuerzo para levantarse, y se levantó en efecto, como por milagro; pero al punto volvió á caer sobre su sillón; oyéronse algunos pasos en la sala del billar, y el fraile salió por la puerta vidriera con la rapidez del relámpago. Entonces fué cuando me hallásteis medio muerta y helada de espanto á los piés de mi padre anonadado.

—El abominable cobarde no ha perdido el tiempo ya lo veis, ¡abate! exclamé; quería asustar á mi tio y á su hija, y lo halo grado; pero no ha contado conmigo, y juro, que aunque sea preciso tratarle á la manera de la Roca de Mauprat... si se atreve otra vez á presentarse...

—Callad, Bernardo, dijo Edmunda, me haceis temblar; hablad con prudencia, y decidme qué significa todo esto.

Cuando la enteré de lo que nos había sucedido al abate y á mí, nos reprendió porque no la habíamos prevenido.

—Si hubiera sabido lo que iba á sucederme, nos di-

jo, no me hubiera asustado y habría tomado precauciones para no quedarme nunca sola en la casa con mi padre y San Juan, que se va haciendo cada vez más pesado. Ahora ya no temo y estaré siempre alerta. Pero lo más seguro, mi querido Bernardo, es evitar todo contacto con ese hombre odioso, y darle limosna con la profusión que se pueda para desembarazarnos de él. El abate tiene razón en decir que puede ser temible; pues sabe que nuestro parentesco con él nos impedirá siempre ponernos al abrigo de sus persecuciones invocando las leyes, y si no puede perjudicarnos tan sériamente como pretende, puede á lo menos suscitarnos mil disgustos que repugno arrostrar. Arrojadle oro y que se vaya, pero no me abandoneis, Bernardo, porque me sois absolutamente necesario: consolaos del mal que pensais haberme hecho.

Estreché su mano entre las mias, y juré no separarme jamás de ella, aunque me lo mandára, hasta que el trapense no hubiese librado al país de su presencia.

El abate se encargó de las negociaciones con el convento. Dirigióse á la villa al día siguiente y llevó de mi parte al trapense la seguridad expresa de que le haría saltar por las ventanas si volvía á tener la audacia de presentarse en el castillo de San Severo. Proponíale al mismo tiempo subvenir á sus necesidades con la condición de que se retiraría inmediatamente, ora á su cartuja, ora á otro cualquier retiro, secular ó religioso, á su elección, y que jamás volvería á poner los pies en Berri.

El prior recibió al abate con todas las demostraciones de un profundo desdén y de una santa aversion á su estado de heregía; lejos de adularle, como á mí, le dijo que queria permanecer extraño á todo este negocio, que se lavaba las manos, que se limitaría á transmitir las decisiones de una y otra parte y á darasilo al hermano Nepomuceno, tanto por caridad cristiana, como por edificar á sus religiosos con el ejemplo de un hombre verdaderamente santo. A creer lo que decia, el hermano Nepomuceno seria el segundo de su nombre colocado en primera fila de la milicia celestial, en virtud de los cánones de la Iglesia.

Al siguiente día, llamado el abate al convento por un mensaje particular, tuvo una entrevista con el trapense. No sin gran sorpresa observó que el enemigo había mudado de táctica.

Rehusó con indignación toda especie de socorros, atrincherándose en su voto de pobreza y humildad, y censurando con enfasis á su querido huesped el prior, el que se hubiese atrevido á proponer sin su anuencia el cambio de los bienes eternos por los bienes perecederos. No quiso explicarse sobre los demás y se encerró en respuestas ambiguas y campanudas:—Dios le inspiraria, decía, y esperaba que

en la próxima fiesta de la virgen y en la hora augusta y sublime de la santa comunión oiría la voz de Jesus hablar á su corazón y dictarle la conducta que debería seguir. El abate temió mostrar alguna inquietud insistiendo en penetrar aquel santo misterio y vino á traerme esta respuesta que era menos á propósito que cualquiera otra para tranquilizarme.

Sin embargo, los días y las semanas trascurrieron sin que el trapense diese la menor señal de voluntad sobre nada. No volvió á aparecer en el castillo ni en las cercanías, y se mantuvo tan encerrado en el convento de los Carmelitas, que pocas personas vieron su rostro. Súpose, no obstante muy pronto, y el prior puso un especial cuidado en divulgar la noticia, que Juan de Mauprat, convertido á la más ardiente y ejemplar piedad, estaba de paso, como penitente de la Trapa, en el convento de los Carmelitas. Cada mañana se hacía circular un nuevo rasgo de virtud, un nuevo acto de austeridad de este santo personaje. Los devotos, ávidos de cosas maravillosas quisieron verle, y le llevaron mil pequeños regalos que rehusó con obstinación.

Algunas veces se ocultaba tan bién, que se creia que ya se había marchado á la Trapa pero cuando más nos lisonjeábamos de vernos ya libre de él, supimos que acababa de imponerse mortificaciones espantosas, ó bien que había ido con los pies descalzos á los sitios más desiertos é incultos de la Va

renne á cumplir alguna peregrinación. Hasta se llegó á decir que hacia milagros: si el prior no estaba ya curado de la gota, consistia solamente en que, por espíritu de penitencia, no quería curarse.

Esta incertidumbre duró cerca de dos meses.

VIII.

Estos dias que transcurrieron en la mayor intimidad fueron para mí deliciosos y terribles á la vez. Ver á Edmunda á todas horas, sin temor de ser indiscreto, puesto que ella era la que me llamaba á su lado, leerle, hablar con ella de todas las cosas, participar de los tiernos cuidados que prodigaba á su padre, estar á medias en su vida, absolutamente como si hubiésemos sido hermanos, era una gran felicidad sin duda, pero peligrosa felicidad, y el volcán se encendió en mi pecho. Algunas palabras confusas, algunas miradas inquietas me delataron; Edmunda no estuvo ciega, pero permaneció impenetrable; sus negros ojos fijos en mí como en su padre, con la solicitud de una alma exclusiva, se enfriaban algunas veces de repente en el momento en que la violencia de mi pasión estaba próxima á estallar. Su fisonomía no esperaba entonces más que una curiosi-

dad pasiva y la firme voluntad de leer hasta en el fondo de mi alma sin dejarme ver siquiera la superficie de la suya.

Mis sufrimientos, aunque vivos, me fueron gratos en los primeros tiempos; complacíame en ofrecerlos interiormente á Edmunda, como una expiación de mis faltas pasadas, y esperaba que los adivinase y me los agradeciera; sin embargo, aunque los vió, no me habló de ellos. Mi mal se aumentó, pero todavia pasaron algunos dias antes de que perdiera la fuerza de ocultarlo. Digo dias, porque, á cualquiera que haya amado á una mujer y se haya encontrado á solas con ella, contenido por su severidad, los dias deben haberle parecido siglos. ¡Qué vida tan llena y sin embargo tan devorante! ¡Cuánta languidez y agitación, cuánta ternura y cólera! Parecíame que las horas resumian años, y hoy, si no rectificase por medio de fechas el error de mi memoria, me persuadiria fácilmente de que estos dos meses llenaron la mitad de mi vida.

Quisiera tal vez tambien persuadirme de ello para reconciliarme con la conducta ridícula y culpable que observé despreciando las buenas resoluciones que apenas acababa de formar. La recaida fué tan pronta y tan completa, que me avergonzaría de ella todavia, sino la hubiesen expiado cruelmente, como vais á saber muy pronto.

Después de una noche de angustias le escribí una

carta insensata, que en poco estuvo que no produjese resultados muy fatales para mí. Estaba concebida poco más ó menos en estos términos: «No me amais, Edmunda, ni me amareis jamás. Lo sé, nada pido, nada espero; quiero continuar á vuestro lado, consagrar mi vida á vuestro servicio y á vuestra defensa; haré, para seros útil todo lo que alcancen mis fuerzas; pero sufriré, y por más que haga por ocultarlo, lo vereis y tal vez atribuireis á motivos extraños una tristeza que no podré contener con un heroismo constante.

Ayer me afligísteis profundamente obligándome á que saliera un poco *para distraerme*. ¡Distraerme separado de vos! ¡Edmunda, qué amarga ironía! No seais cruel, mi pobre hermana, porque entonces volvereis á ser mi imperiosa novia de los funestos días... y, á pesar mio, volveré á ser el bandido á quien aborreciais... !Ay? si supiérais cuán desgraciado soy! hay dos hombres en mí que se combaten á muerte y sin tregua; es de esperar que el bandido sucumba; pero se defiende palmo á palmo, y ruge porque se siente herido mortalmente. Si supieras, si supieras Edmunda qué luchas, qué combates, cuántas lágrimas de sangre destila mi corazón ¡y qué furor se enciende frecuentemente en la parte de mi espíritu que gobiernan los ángeles rebeldes!

Hay noches en que sufro tanto, que en el delirio de mis sueños me parece que clavo un puñal en vuestro

corazón y que por una lúgubre mágia os obligo así á que me ameis como yo os amo. Cuando despierto, bañado en un sudor frio, loco, fuera de mí, me siento como inclinado á ir á mataros, á fin de anonadar la causa de mis angustias. Si no lo hago, es porque temo amaros muerta con tanta pasión y tenacidad como si estuviérais viva. Temo ser contenido, gobernado, dominado por vuestra imágen, como soy por lo vuestra persona; y después no hay medio de destrucción al alcance del hombre; el ser á quien él ama y teme, existe en él, cuando ha cesado de existir sobre la tierra.

El alma del amante, sirve de féretro á su amada, y conserva para siempre sus abrasadoras reliquias, para alimentarse con ellas sin consumir las jamás... ¡Pero, ¡oh cielos! ¡en qué desórden están mis ideas! mirad, Edmunda hasta qué punto está enfermo mi espíritu, y compadeceos de mí. Tened paciencia, permitidme que esté triste; no dudeis jamás de mi cariño; frecuentemente estoy loco, pero siempre os amo. Una palabra, una mirada vuestra, me devolverá el conocimiento del deber, y dulce me será este deber, cuando os digneis recordármelo.... A la hora en que os escribo, Edmunda, el cielo está cargado de nubes más sombrías y pesadas que el plomo; la tempestad ruge, y á la luz de los relámpagos parecen flotar los espectros dolorosos del purgatorio, Mi alma está bajo el peso de la tempestad, mi espíritu turbado flota como esas luces inciertas que brillan en el horizonte...

Me parece que mi pecho va á estallar como la tempestad. ¡Ay! ¡si pudiera hacer llegar á vuestros oidos una voz semejante á la suya! ¡Si tuviera el poder de lanzar fuera las angustias y los furores que me roen las entrañas! Muchas veces os he oido decir, al pasar la tormenta por encima de los árboles corpulentos, que os gustaba el espectáculo de su cólera y de su resistencia. Esta es, decis, la lucha de las grandes fuerzas, y creeis oir, en los rumores del aire, las imprecaciones del Aquilon y los gritos dolorosos de las vetustas encinas. ¿Cuál sufre más, Edmunda, el árbol que se resiste, ó el viento que se agota en el ataque? ¿No es siempre el viento el que cede y cae? Y entonces el cielo, afligido con la derrota de su noble hijo, se derrama sobre la tierra en rios de llanto! Tan locas imágenes os agradan, Edmunda, y cada vez que contemplais la fuerza vencida por la resistencia, os sonreis cruelmente, y vuestra mirada misteriosa parece insultar mi miseria.

Pues bien, no lo dudeis, me habeis derribado en tierra, y aunque destrozado, sufro todavía, sabedlo, puesto que quereis saberlo, puesto que sois cruel hasta el extremo de preguntarme y fingir que me compadeceis... Sufro y no trato ya de levantar el pie que el vencedor orgulloso ha sentado sobre mi pecho desfallecido.»

El resto de esta carta, que era muy larga, sin trabazon y absurda, desde el principio hasta el fin, estaba concebida en el mismo sentido. No era la primera vez que escribía á Edmunda á pesar de vivir bajo el mismo techo y no separarme de ella sino en las horas de descanso. Mi pasión me absorbía á tal punto, que era invenciblemente arrastrado á privarme del sueño para escribirla. Jamás creía haber hablado bastante de ella, ni renovado bastante la promesa de una sumisión á la cual faltaba á cada instante; pero la carta de que ahora se trata era la más atrevida y apasionada de cuantas había escrito. Quizás fué escrita fatalmente bajo la influencia de la tempestad que estallaba en el cielo, mientras que encorvado sobre mi mesa, con la frente bañada en sudor y la mano seca y abrasadora, trazaba con exaltación la pintura de mis padecimientos. Parecíome sentir una gran calma precursora de la desesperación, cuando me arrojé sobre mi cama después de haber bajado al salon y deslizado mi carta en la cesta de la labor de Edmunda. El día amaneció cargado, cubierto el horizonte de las tintas sombrías de la tempestad que volaba hacia otras regiones. Los árboles, llenos de lluvia, se agitaban todavía al soplo de la refrigerante brisa. Profundamente triste, pero ciegamente consagrado al dolor, dormíme aliviado, como si hubiese hecho el sacrificio de mi vida y de mis esperanzas. Edmunda no dió muestras de haber visto

mi carta, pues nada me contestó. Acostumbraba á hacerlo verbalmente, y este era para mí un medio de provocar de su parte esas efusiones de amistad fraternal, con que tenía que contentarme, y que á lo menos derramaban un bálsamo sobre mi herida. En vez de haber creido que tal como estaba escrita mi carta debería en esta ocasión producir una explicación definitiva, ó ser pasada en silencio, sospeché que el abate la habia sustraído y arrojado al fuego, y hasta acusé á Edmunda de desprecio y dureza. Sin embargo, no tuve valor para hablar y guardé el mas profundo silencio.

Al día siguiente apareció el tiempo enteramente sereno.

Mi tio dió un paseo en coche, y en el camino nos dijo que no quería morir sin haber tenido una gran cacería de zorros. Era apasionadísimo por esta diversión, y su salud se había mejorado hasta el punto de dar á su espíritu veleidades de placer y de acción. Una berlina estrecha muy ligera, tirada por valientes mulas, corría rápidamente por los caminos arenosos de nuestros bosques, y ya algunas veces había asistido en ella á varias pequeñas cacerías que habíamos armado para distraerle.

Desde la visita del trapense, el caballero parecía haber vuelto á la vida. Dotado de fuerza y obstinación, como todos los de su raza, parecía morirse con la falta de emociones, porque el más ligero estímulo á su

energía volvia momentáneamente el calor á su sangre embotada.

Como insistiese mucho en este proyecto de caza, Edmunda quiso organizar conmigo una batida general, y tomar en ella una parte activa. Uno de los mayores placeres que experimentaba el viejo era verla caracolear á caballo audazmente alrededor de su carruaje, y alargarle todas las ramas floridas que arrancaba de los arbustos al pasar. Se decidió que yo montaría á caballo para escoltarla, y el abate acompañaría al caballero en la berlina. Todos los cazadores de oficio de la Varenne fueron convocados á esta solemnidad de familia. Preparóse en la repostería una gran comida, para la vuelta, con abundancia de pasteles de ganso y vino de terruño. Marcasse, á quien había hecho mi administrador en la Roca de Mauprat, y que tenía grandes conocimientos en el arte de la caza, pasó dos dias enteros en tapar todas las madrigueras.

Algunos jóvenes colonos de las cercanías, interesados en la batida y capaces de dar un buen consejo cuando llegase la ocasión, se ofrecieron generosamente á ser de la partida; y en fin, Paciencia, á pesar de su oposición á la destrucción de les animales inocentes, consintió en ír á la cacería como espectador. En el día convenido, que amaneció templado y sereno para nuestro risueños proyectos y para mi implacable destino, halláronse en pie de guerra hasta

50 personas con cornetas, caballos y perros. La cacería debía concluir con un copo de conejos, de que había un excesivo número, y que era facil destruir en masa recayendo sobre la parte de monte que no hubiese sido batida durante la caza.

Armóse, pues, cada uno de nosotros de una carabina, y hasta mi tío tomó una para tirar desde su carruaje, lo que todavía ejecutaba con mucha destreza.

Durante las dos primeras horas, Edmunda, montada en una linda y pequeña yegua lemosina, muy viva, y á la que ella se divertía en aguijar y contener con una coquetería seductora para su anciano padre, se separó un poco de la berlina, desde la que el caballero, risueño, animado y enternecido, la contemplaba con amor. Del mismo modo que nosotros, impelidos cada día por la rotación del globo, saludamos al entrar la noche el astro radiante que va á reinar sobre otro hemisfério, así también el anciano se consolaba de morir viendo la juventud, la fuerza y la hermosura de su hija sobre vivirle en otra generación.

Cuando la caza estuvo muy empeñada, Edmunda que se resentía ciertamente del carácter guerrero de la familia, y en quien la calma del espíritu no encadenaba siempre la fogosidad de la sangre, cedió ál as señales reiteradas que le hacia su padre, cuyo mayor placer era verla galopar, y siguió á los ojeadores que estaban ya un poco delante.

—Síguela, síguela, me gritó el caballero, que no bien la había visto correr cuando su dulce vanidad paternal había sido reemplazada por la zozobra y la inquietud. No aguardé á que me lo dijera dos veces, y hundiendo las espuelas en el vientre de mi caballo, alcancé á Edmunda en un sendero de travesía que había tomado para incorporarse á los cazadores. Temblé al verla plegarse como un junco bajo de las ramas, mientras que su caballo, excitado por ella, la arrebataba por en medio de la selva con la rápidez del relámpago.— ¡Edmunda! ¡por amor de Dios! le grité, no corrais tanto; os va á suceder una desgracia.

—Déjame correr, me dijo alegremente; mi padre me lo ha permitido. Déjame tranquila, te digo; te sacudo en los dedos si detienes mi caballo.

—Déjame á lo menos seguirte, le dije, estrechándola de cerca: tu padre me lo ha mandado, y no vengo sino para matarme, si te sucede alguna desgracia.

¿En qué consistía que me asaltaban estas ideas tan funestas, á mí que tan acostumbrado estaba á ver á Edmunda correr á caballo por los montes? Lo ignoro. Hallábame en un estado muy extraño; el calor de mediodía subia á mi cerebro, y mis nervios estaban singularmente excitados. No me había desayunado por hallarme algo indispuesto al partir, y para sostenerme en ayunas había tomado muchas tazas de café con ron.

Sentía entonces un espanto invencible, y después, al cabo de algunos instantes, este espanto cedió el puesto á un sentimiento de amor y alegría. La escitación de la carrera llegó á ser tan viva, que me imaginé no tener otro objeto que perseguir á Edmunda. Al verla huir delante de mí, con la ligereza de su yegua negra, cuyos pies volaban sin hacer ruido sobre el musgo, se la hubiera tomado por una hada que se aparecia en aquel lugar desierto para turbar la razon de los hombres y arrastrarlos tras sus huellas al fondo de sus pérfidos retiros. Olvidé la caza y todo lo demás. No ví más que á Edmunda; una nube pasó por delante de mis ojos: ya no la ví más; pero continué corriendo: hallábamé en un estado de demencia muda, cuando ella se paró de repente.

—¿Qué hacemos? me dijo; no oigo ya el ruido de la caza y distingo el rio. Nos hemos dirigido demasiado á la izquierda.

—Todo lo contrario, Edmunda, le contesté sin saber una palabra de lo que decía; una carrera mas al galope y estamos allí.

—Qué sofocado venís! me dijo, ¿pero cómo pasaremos el rio?

—Puesto que hay un camino, tambien habrá un vado, le contesté. ¡Vamos, vamos!

Hallábame poseido todavia de la rabia de correr; llevaba una idea; la de emboscarme más y más con ella en aquel monte; pero esta idea estaba cubierta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

con un velo, y cuando traté de levantarlo, no tuve ya mas percepción que la de los latidos impetuosos de mi corazón y de mis sienes. Edmunda hizo un gesto de impaciencia.

Estos bosques están maldecidos; siempre me pierdo en ellos, dijo; y sin duda pensó en el día funesto en que había sido arrebatada lejos de la caza y conducida á la Roca de Mauprat, porque yo también pensé en esto mismo, y las imágenes que se presentaron á mi cerebro me causaron una especie de vértigo. Seguí maquinalmente á Edmunda hácia el rio. De repente la ví al otro lado, y se apoderó de mi el furor al ver que su caballo era más ágil y valiente que el mio, pues no sin gran trabajo pude conseguir que entrase en el vado, que era muy malo, en cuyo tiempo tomó Edmunda mucha delantera. A fuerza de espolazos dejé ensangrentado sus hijares, y cuando, después de haber estado expuesto muchas veces á caerme, llegué á la orilla, me lanzé tras Edmunda, ciego de cólera. La alcance, y me apoderé de la brida de su yegua, exclamando:

—Deteneos, Edmunda, lo quiero: no ireis más adelante.

Al mismo tiempo sacudí tan fuertemente las riendas, que su caballo se puso de manos. Edmunda perdió el equilibrio, y para no caer saltó ligeramente entre nuestros dos caballos á riesgo de haberse herido. Me apeé casi al mismo tiempo que ella, y separé vi-

vamente á los caballos. El de Edmunda, que era muy manso permaneció quieto y se puso á pacer. El mio fuera de sí, echó á correr y desapareció. Todo esto fué obra de un instante.

Había recibido á Edmunda en mis brazos, pero desprendiéndose de éllos, me dijo con aspereza:

—Sois muy bruto, Bernardo, y detesto vuestros modales: ¿Qué habeis hecho?

Turbado, confuso, le dije que creía que su yegua se había desbocado y temía que le sucediera alguna desgracia, abandonándose de aquella suerte á la velocidad de la carrera.

—¿Y para salvarme me haceis caer á riesgo de matarme? respondió. A la verdad que es una manera muy buena y galante la que habeis empleado conmigo.

—Dejadme que os suba á vuestro caballo, le dije, y sin esperar su permiso, la cogí en mis brazos y la levanté en alto.

—Sabeis muy bien que yo no monto á caballo de este modo, exclamó completamente irritada. Dejadme, no necesito vuestros servicios.

Pero ya no me era permitido obedecer. Mi cabeza se perdía.

Mis brazos se crispaban alrededor del talle de Edmunda, y en vano era que tratase de separarlos de él; mis labios se imprimieron en su seno á pesar mio, y se puso pálida de cólera.

—¡Qué desgraciado soy! dije con los ojos llenos de lágrimas, qué desgraciado soy en ofenderte siempre, y ser odiado á medida que más te amo.

Edmunda tenía un carácter imperioso y violento: habituada á la lucha, había adquirido con los años una energía inflexible. No era ya la doncella tímida, fuertemente inspirada, pero más ingeniosa que temeraria en la defensa, á quien había estrechado en mis brazos en la Roca de Mauprat; sino una mujer intrépida y orgullosa, que se hubiera dejado degollar antes que permitir una esperanza atrevida. Era además la mujer que sabe que es amada con pasión y conoce su poder. Rechazóme, pues, con desdén, y como yo la siguiese en mi delirio, levantó su látigo contra mí y me amenazó con trazarme una marca de ignominia en el rostro, si osaba siquiera tocar su estribo.

Me arrodillé delante de ella suplicándola que no me abandonase así, sin perdonarme. Estaba ya á caballo, y mirando á su alrededor como si buscase el camino, exclamó:

—No me faltaba más sino volver á ver estos abominables sitios. ¡Mirad, caballero, mirad dande estamos!

Miré en torno mio, y observé que estábamos á la orilla del bosque y sobre la misma margen del estanque de Gazeau. A dos pasos de nosotros, al través del bosque, cuya espesura se había aumentado desde la partida de Paciencia, distinguí la puerta de la torre que se abría como una boca negra detrás del verde follaje.

Un nuevo vértigo se apoderó de mí, y sentí dentro de mí una lucha terrible de dos instintos. ¡Quién explicará el misterio que se verifica en el cerebro del hombre, cuando el alma combate con los sentidos, y cuando una parte de su ser intenta ahogar á la otra! En una organización como la mía, esta lucha debe ser horrorosa, creedlo; y no penseis que la voluntad desempeña un papel secundario en las naturalezas fogosas; es necia costumbre decir á un hombre que agota sus fuerzas en semejantes combates: Hubiérais debido venceros.

IX

¿Cómo os explicaré lo que pasó dentro de mí al ver inesperadamente la torre de Gazeau? No la había visto más que dos veces en mi vida; dos veces había sido teatro de las escenas más espantosas, y estas escenas nada eran todavía en comparación de la que estaba yo destinado á presenciar en esta tercera ocasión: ¡hay sitios malditos!

En el umbral de aquella puerta medio destrozada creí ver todavía las manchas de la sangre de los dos Mauprat, cuyo criminal y trágico destino me hizo avergonzar de los instintos de violencia que sentía en mí mismo. Tuve horror á lo que experimentaba, y